

Dorian Espezuía Salmón

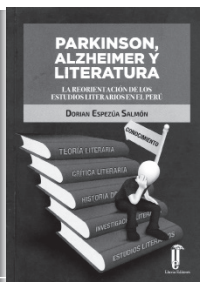
Parkinson, alzheimer y literatura.

La reorientación de los estudios literarios en el Perú

Lima, Lluvia Editores, 2017

Carmen Suárez

Universidad Nacional Federico Villarreal. Lima, Perú



El catedrático e investigador literario Dorian Espezuía nos entrega un polémico ensayo que promete, desde sus primeras páginas, establecer el derrotero de un diálogo necesario sobre la situación de la literatura como disciplina científica. El crítico puneño es autor de conocidas publicaciones como *Todas las sangres en debate. Científicos sociales versus críticos literarios* (2011), del estudio *Las consciencias lingüísticas en la literatura peruana* (2017) y del ensayo *Perú chicha* (2018), editado por Planeta.

En los últimos años, han aumentado el número de investigaciones, congresos, coloquios y conferencias de literatura que establecen ejes temáticos desde la intermultitransdisciplinariedad. El resultado no se ha hecho esperar; se han diversificado los métodos de estudio en el área humanística. Asistimos, ahora, a la combinación de conceptos teóricos provenientes de diferentes disciplinas. Lo anterior produce el desborde definitivo de los límites y la pertinencia de ciertas categorías surgidas en contextos determinados. Y, también, desdibuja el propio rigor científico al utilizar, indiscriminadamente, conceptos de los cuales no existe una noción especializada, sino de manera general.

El lector puede estar de acuerdo o no con las opiniones vertidas en este libro. De hecho, quien suscribe esta reseña cree necesaria una reflexión a nivel macro a propósito del valor científico que le queremos dar a la carrera profesional de Literatura. Sin embargo, pensamos también que muchas de las ideas de su análisis se repiten una y otra vez como una queja constante y pasiva que, si bien propone algunas soluciones, se ahoga en la denuncia desesperada, pues, ciertamente, no esclarece con precisión cómo el profesional formado en literatura debe acercarse al fenómeno literario. ¿Con qué métodos? ¿Con qué procedimientos hermenéuticos? Su texto señala que hay un error, pero no muestra el sendero que debemos recorrer para subsanarlo.

Parkinson, alzheimer y literatura se enmarca en el contexto de las jornadas curriculares realizadas en la Escuela de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos a propósito de la reestructuración de los cursos impartidos en la universidad y la reorientación de estos a un ámbito científico. El autor demuestra su preocupación por la situación de los claustros universitarios peruanos. Así, dividido en una estructura triádica que comprende el prólogo a cargo del también investigador Paulo Piaggi, la presentación y, después, el desarrollo de la propuesta del docente sanmarquino en un apartado general titulado «Las ciencias humanas en la era de la posciencia», subdividido en ocho secciones, donde Espezúa Salmón vierte su análisis, plantea sus interrogantes y ofrece algunas estrategias de solución a la problemática que expone en su publicación. El cierre a manera de epílogo se titula «Cacharpari», palabra quechua que significa «fin de fiesta», en el que nos proyecta sus reflexiones finales y lo que espera como respuesta de su público objetivo.

Quien se deje llevar por el título de la portada no comprenderá a cabalidad por qué el libro reúne en una misma oración dos términos del área médica con una disciplina, más bien, humanística y de nula relación con las enfermedades referidas. Pues bien, Espezúa sostiene en la «Presentación» que el párkinson y el alzhéimer lo ayudarán a simbolizar la situación de declive y extravío en la que se encuentra la literatura. La primera es «una enfermedad crónica y degenerativa producida por la muerte de neuronas de la sustancia negra que producen dopamina» (p. 29). La segunda, en cambio, es «una enfermedad neurodegenerativa que causa problemas con la memoria, la forma de pensar, el carácter o la manera de comportarse» (p. 29). Entonces, el investigador extrapola los conceptos médicos para afirmar categóricamente que la literatura está enferma.

En efecto, desde su punto de vista, la literatura en el Perú, que pertenece al ámbito de las ciencias humanas, ha experimentado, en los últimos años, una decadencia de sus investigaciones y el olvido gradual de su objeto de estudio. Así, el campo en el cual Espezúa desarrolla su análisis son las cuatro universidades que imparten la carrera de Literatura en el Perú: la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Universidad Nacional de San Agustín, la Universidad Nacional Federico Villarreal y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

La preocupación central de este apartado estriba en la naturaleza de los estudios literarios. ¿Son una disciplina científica? Como ya lo mencionamos, el pensamiento del autor abre el debate a través de una observación aguda de la ubicación de las ciencias humanas en la era de la posciencia. Habría, pues, que definir a qué nos referimos con esto. Hay, recientemente, en los círculos académicos una tendencia generalizada a

relativizar los conocimientos científicos. Esto significa apelar a la imposibilidad «de conocer objetivamente cualquier objeto de estudio» (p. 31). Esta lógica nacida en la posmodernidad se opone a la de las ciencias exactas que procuran establecer leyes racionales para la comprensión del universo.

Por otro lado, las ciencias humanas enfrentan un primer problema cuando indagamos en su definición. Aquellas designan, en su totalidad, «a un extenso grupo de ciencias y disciplinas cuyo objeto es lo humano del Hombre, es decir, las manifestaciones humanas como el lenguaje, el arte, el pensamiento o la cultura» (p. 32). Hay una evidente coincidencia entre el sujeto cognoscente y el objeto de estudio. Para el escritor de *Entre lo real y lo imaginario. Una lectura lacaniana del discurso indigenista*, este es el argumento que utilizan los posmodernos defensores de la pluralidad de pensamiento. Es imposible, según ellos, «obligar al sujeto a que se haga objeto de su conocimiento o a que se exteriorice» (p. 35). Sin embargo, si hacemos una rápida revisión partiendo de la antigüedad clásica, notaremos que si bien no existía el concepto de ciencias humanas, la literatura tuvo su primera manifestación de un tratado científico a través de la *Poética* de Aristóteles. Este es el primer estudio literario sistematizado. De ahí que sea «la prueba irrefutable de que un método científico racional produce conocimientos objetivos sobre su objeto de estudio» (p. 33).

No es gratuito que el investigador retroceda hasta los griegos, pues la *Poética* demuestra la facilidad con la que se puede aplicar un método riguroso si se define, cuidadosamente, el campo de estudio, el objeto de estudio, la metodología y los conceptos de la disciplina a estudiar. Por otra parte, si bien es cierto que la vasta experiencia humana no nos permite dar cuenta en su totalidad de los saberes que la circundan, para el autor, es posible conocer campos concretos susceptibles a estudios científicos con las herramientas que ahora manejamos en el campo literario. Que el territorio sea inmenso no significa que no lo podamos conocer. Para ello, debemos partir de las herramientas de nuestra disciplina y empezar a (des)aprender otras para profundizar en esa parte del mundo que aún nos es incógnito.

Sostener y relativizar el conocimiento objetivo que producen las ciencias humanas puede concluir en los lineamientos que articula la posición para cuestionar su validez científica. De ahí que las hipótesis que, generalmente, se utilizan en contra de ellas sean enumeradas en siete enunciados: 1) No hay posibilidad de establecer leyes generales, 2) No se pueden probar las teorías con predicciones exactas, 3) No hay leyes universales porque los objetos son cambiantes, 4) No se puede realizar un estudio cuantitativo, 5) Existe relación entre el sujeto (hombre) y objeto

de estudio (hombre), 6) No se puede trabajar de la misma manera que en las ciencias formales, y 7) Están impregnadas de valores y normativas. Desde este punto de vista, las ciencias humanas perderían su carácter científico y formarían parte de una utopía. El autor se encargará de manifestar su oposición a los puntos anteriormente mencionados mediante la elección de una reflexión lógica-racional para el estudio científico de las humanidades.

El primer subtítulo que comprende este apartado se llama «Cuestionamiento a los postulados de la posmodernidad». En muchos momentos el texto nos transmite la sensación de embarcarse en la inevitable lucha contra el terrible monstruo de la posmodernidad que acecha a los estudios literarios. Dejando a un lado el tono apocalíptico hacia donde el autor quiere llevar su exposición, en este capítulo, notaremos una encarnizada contienda con aquello que afecta el desarrollo de la disciplina literaria. Su inquietud proviene de los postulados del «discurso de la cultura» que, al haber llegado a las antes mencionadas escuelas de Literatura que tenemos en el Perú, han supuesto un retroceso que impide el cierre categorial tan anhelado que le permita a la literatura ser una disciplina científica sin cuestionamientos.

Los postulados anteriores inauguran una postura crítica que introduce nuevas reflexiones a un área que aún no descubre en su totalidad sus propias categorías. De ese modo, sobrevuela la exigencia de un estudio que delimite y delimite las fronteras de lo literario. El objetivo es que, después de ello, se puedan realizar estudios que trasciendan nuestra disciplina y relacionen nociones de la antropología, historia, sociología, etc. Los diferentes discursos filtrados en las escuelas de Literatura contribuyen a la degeneración parkinsoniana porque intentan «negar los avances de la ciencia y la tecnología» (p. 39), y refuerzan el alzhéimer debido a que «han olvidado la existencia de la literatura porque han dejado de leer y estudiar novelas, cuentos o poemas» (p. 39). El método formalista en un buen ejemplo de lo que el autor quiere que entendamos. Es decir, una disciplina con conceptos propios: «desautomatización, extrañamiento, metáfora y verso alejandrino» (p. 39).

No podemos perder de vista los conceptos básicos que se coligen de los «estudios» que realizan los investigadores cuando ejercen su labor investigativa. Es decir, términos que nos ayudan a entender cómo se relacionan las ciencias humanas entre sí y hasta cuándo un procedimiento puede ser disciplinario. Entonces, «lo interdisciplinario alude al estudio de un objeto que pertenece a dos o más disciplinas que tienen métodos de aproximación diferentes a dicho objeto» (p. 39). El ensayo, por ejemplo, como género común a la literatura, la historia o la antropología. Por otro

lado, «Lo multidisciplinario o pluridisciplinario remite al estudio articulado de un objeto que pertenece a una disciplina específica hecho desde el punto de vista de otras disciplinas con sus respectivos métodos de aproximación» (p. 39). Podríamos apuntar aquí la existencia de un texto literario construido a partir de la antropología, el derecho, etc. «Lo transdisciplinario indica una visión holística de un fenómeno que requiere la articulación de todas las disciplinas necesarias y la transgresión de las fronteras disciplinarias a través de la incorporación de saberes considerados no científicos» (p. 40). Podemos encontrar un buen ejemplo en los estudios realizados sobre las manifestaciones de la cultura. Por último, «Lo antidisciplinario señala tipos de “estudio” que no tienen campo, objeto de estudio, métodos o conceptos definidos y que pueden ser realizados por cualquier sujeto que se crea capaz de opinar sobre cualquier tópico sin rigor científico» (p. 40). Nos permitimos aquí cualquier interpretación sin rigurosidad científica del objeto de estudio.

En «Degeneración o evolución de la literatura», el autor indaga cuál es la razón por la que los estudios culturales han desplazado a los estudios literarios. El dedo acusador se posa sobre los graduados en Literatura que, una vez terminados sus estudios de pregrado, emigran hacia las escuelas metropolitanas a seguir cursos de magíster y doctorado. El problema no está en el desplazamiento, nos explica, sino en las modas epistemológicas que sostienen la ampliación del discurso literario para entregarnos una visión maximalista donde se desdibujan las fronteras de lo que puede y no puede ser literatura. Sin embargo, para ser más precisos, la apertura del discurso corresponde específicamente a «dos causas: una endógena y otra exógena» (p. 42). La primera atribuida a los creadores que a través de la mezcla de géneros y la experimentación entregan obras híbridas desconcertantes para la crítica literaria. La segunda es una razón exógena y esta debe a «la incorporación arbitraria de prácticamente todo discurso producido en cualquier código semiótico al campo literario» (p. 42). La última premisa va en contra de lo que tradicionalmente se ha conocido como literatura. Espezuía Salmón retoma reflexiones sobre la naturaleza de la literatura. ¿Qué hace que un texto sea literario? Define así la literatura caracterizada «ontológicamente por ser producto de un trabajo estético, por ser plasmada en escritura y por ser ficcional» (p. 43). Controversiales definiciones que marcan una postura política y dejan de lado la vasta cantidad de manifestaciones que pertenecen, por ejemplo, al ámbito de la tradición oral.

La habitual consideración de agrupar cualquier texto como literario impide desarrollar métodos adecuados para dar cuenta de una disciplina científica y desarrollar categorías específicas para abordarla. Por eso, es

frecuente encontrarnos con «experiencias de lectura» que nos imponen una manera de leer el texto como el conflicto de la minoría contra una mayoría opresora. Para el profesor universitario, la tendencia de la crítica cultural es evidenciar conflictos sociales que no se pueden comprobar en el análisis del texto al utilizar conceptos de diferentes disciplinas y, por ende, sacados de contexto: «La “crítica cultural” es una práctica hermenéutica que no produce saber, un ejercicio libre de interpretación, una arbitraria y continua experimentación con el ensamblaje de conceptos y métodos de manera antidisciplinaria» (p. 46).

«Interdisciplinariedad con disciplinariedad» nos indica que extender las fronteras de lo literario da como resultado la indeterminación del objeto y del método de estudio. Espezúa Salmón es claro cuando afirma, quizá insistentemente, que no se opone al diálogo disciplinario, pero que, para que llegue a ocurrir esto, «presupone necesariamente la formación sólida de los investigadores colaboradores en su respectiva disciplina» (p. 47). Otra vez enfatiza que no apuesta por la cerrazón disciplinaria, sino por el correcto conocimiento de la propia rama de estudio para no desembocar en la formación de un «charlatán», aquel que habla de todo sin saber verdaderamente nada.

Con su estilo habitual, Espezúa utiliza la metáfora del erizo y el zorro. El primero «escarba profundamente en su especialidad sin dejar estar informados de otras disciplinas». Pueden visibilizar lo esencial en una situación compleja y saben aplicar una teoría correctamente a su campo de estudio. Los zorros, en cambio, «transitan superficialmente por el amplio territorio de todas las disciplinas sin profundizar en ninguna» (p. 48). Esto genera que vean el mundo en su complejidad y que sean difusos en sus ideas y sus propuestas. El licenciado en Literatura, para el autor, debe ser un híbrido que alcance los conocimientos fundamentales en su disciplina, lo cual le permita la autoridad para dialogar con otras disciplinas.

En «Estudios transdisciplinarios», se denuncia el uso de la literatura como un laboratorio experimental donde se ponen a prueba categorías en las que, más bien, subyacen ideologías heredadas del relativismo posmoderno. Entonces, el culturalista a cargo de la interpretación aboga por la defensa de los discursos subalternos al tratar de incorporar a la disciplina científica toda manifestación semiótica aparentemente rechazada por «marginal». Como bien apunta el investigador, el marco teórico nacido en una disciplina encierra en su naturaleza el contexto generador que es «muy difícil [trasladar] a otra disciplina sin procesos de adaptación y transducción» (p. 50).

Nos encontramos entonces con otro escenario como resultado de la anterior operación: profesores-investigadores de Literatura que han

perdido su orientación teórica e incorporan en sus discursos un conjunto de categorías que, si bien hacen que la interpretación «suene interesante», separan la naturaleza misma del estudio e ignoran sus propias herramientas, como lo son «la metonimia, [el] poema, [el] soneto, [el] narrador, [el] endecasílabo, [la] diégesis, [la] mimesis, [la] novela, etc.» (p. 51).

En este sentido, vemos que «La literatura se empieza a convertir en terreno de todos y de nadie», título de la siguiente sección que nos inserta en la experiencia de lectura de un licenciado en Literatura y de un lector competente. Ambos pueden realizar una lectura atenta y enriquecedora del texto. Sin embargo, el comentario del profesional en Literatura tendrá una «opinión con rigor científico destinada a orientar la lectura de los demás» (p. 52), en contraposición a la lectura personal y desinteresada que solo afecta la experiencia de un solo sujeto. De ahí que la preocupación del autor transite en quiénes son las personas que se adjudican la autoridad de hacer «estudios literarios». Al introducir categorías sin filtro de coherencia científica, estamos subordinando la literatura a otros discursos, incapaces de dar cuenta de fenómenos de nuestra disciplina. Y, además, nos aventuramos a ser considerados «parlanchines» (p. 56) ante la comunidad científica.

En «Teoría del discurso y teoría literaria» nos invita a cuestionarnos sobre qué puede ser considerado literatura y cuáles son las manifestaciones que no encuentran pertinencia en esta área. La pregunta central se articula a través de la naturaleza de la literatura: ¿qué es?, ¿cuál es su objeto de estudio? En términos simples: «sin textos literarios no existen los estudios literarios y sin estudios literarios no se justifica la existencia de una disciplina literaria y, por tanto, de una Escuela y Departamento de Literatura». Como para que al lector no le quede duda, el autor remarca la existencia de tres elementos «indisligables de un texto literario: la *ficción*, la *escritura* y la *elaboración estética*» (p. 58). En primera instancia, se puede afirmar que «todo texto literario es ficcional» (p. 59). Esto no implica, sin embargo, que todo lo ficcional sea literario. Por ejemplo, «el cine y la literatura son ficcionales, pero no se puede sostener de ninguna manera que el cine es literatura o que la literatura sea cine, a pesar de que compartan elementos comunes» (p. 59). Como este primer punto no es suficiente para determinar si un texto es literario, el segundo paso es verificar que se haya realizado una orfebrería con la palabra. Es decir, el trabajo literario debe estar ligado expresamente con la escritura. En el caso de los discursos orales, el catedrático explica que debe realizarse una depuración de lo que podemos asumir como literatura, es decir, que tengan un «valor estético» (p. 59) y de lo que no. La elaboración estética relaciona la «voluntad operativa que sobre el discurso ejecuta el autor cuando planifica, estructura

[...] o simplemente trabaja sobre el discurso con una pretensión estética» (p. 60). De ahí que destierre la existencia de las llamadas «lenguas poéticas» y afirme la clara diferencia entre lenguaje cotidiano y lenguaje literario. Este último requiere una técnica.

La parte más controversial llega en «Cuatro departamentos y escuelas de Literatura». Espezúa Salmón despliega una retórica que, en ciertos aspectos, peca de sensacionalista. A través de una mirada panorámica a la situación de la carrera profesional de Literatura en las universidades de San Agustín, Villarreal, Católica y San Marcos, el docente visibiliza las deficiencias que ofrece la disciplina no solo en la malla curricular, sino también, en algunos casos, en la delimitación de su campo de estudio, lo que repercute después en la profesionalización del estudiante. Notamos también que hace uso de cifras y porcentajes que no sustenta con una fuente verídica a la que podamos recurrir para constatar la información. Además, y quizá demuestre que es el capítulo más flojo, se detiene en una reflexión sobre la educación secundaria, que, creemos, no se relaciona con el ámbito universitario donde él ya había delimitado su análisis.

El capítulo final, «Salvaguardar los estudios literarios», se configura como la propuesta de solución que esboza ante los problemas planteados. El crítico arguye la defensa necesaria de los estudios literarios para impedir que se diluyan en el rótulo general de «Letras» o «Humanidades». Se evidencia que cinco años de estudios universitarios no es suficiente para formar a un licenciado en Literatura; entonces, mucho menos lo será para formar a un especialista en diversas disciplinas con ningún objeto de estudio específico en el cual centrarse. Creemos también que esta sección le sirve al también profesor villarrealino para hacer una autocrítica de las corrientes metodológicas que existen en las escuelas de Literatura y que no pertenecen a nuestra disciplina. Desde su punto de vista, y a través de un desmontaje argumentativo, Espezúa desmonta, por ejemplo, el uso del psicoanálisis como aparato teórico literario y rechaza su utilización.

La reorientación de los estudios literarios comienza desde la reestructuración de las mallas curriculares, porque es desde los claustros universitarios donde se forman los profesionales. Así, su propuesta se sustenta en un plan de estudio que «debe primero cubrir los cursos fundamentales para la formación de un licenciado en Literatura en un esquema que no descuide ninguno de los cursos imprescindibles en la formación profesional y, secundariamente, complementar esa formación básica con cursos o materias provenientes de otras disciplinas afines al campo literario» (p. 71). También es importante incidir en que es necesario fomentar las líneas de investigación que respondan al interés del estudiante por ser formado en la especialidad escogida.

El «Cacharpari», para finalizar, es una invitación a continuar reflexionando críticamente y con coherencia lógica racional sobre la formación profesional de un licenciado en Literatura. De esta manera, se trasluce una esperanza de que podamos establecer planes curriculares que indaguen en la especificidad de la especialidad como disciplina.

Sin lugar a dudas, en su mayoría de manera acertada, Dorian Espezúa nos entrega una propuesta de lectura a la situación actual de la literatura en las universidades peruanas. No podemos estar de acuerdo con todo. Sin embargo, reconocemos la importancia y el valioso aporte de ideas lúcidas que se sustentan en su experiencia docente e investigativa. El autor nos interpela para que nos comprometamos con la especialidad y salvaguardemos sus fronteras.